IX

Un rayo de esperanza

Una vez en España, ya es asunto casi irrealizable que María sea perseguida, si es que llega á ser sospechada: no hay el menor temor de que en ningún caso se la obligue á salir de un país en donde tampoco se observan las prácticas internacionales: siendo esto así, se me excusará el que pase por alto los detalles de nuestra vida, durante los dos meses subsiguientes, que serían tan sólo los de un viaje de paseo por España. Después de la terrible ansiedad en que yo había vivido y el temor constante de que á cada momento pudiese sobrevenir alguna gran calamidad, era un cambio muy grande el hallarme de repente, viajando simplemente como el compañero de dos señoras. Y en verdad que —en apariencia al menos—no era yo otra cosa.

De Burgos fuimos á Valladolid y de ahí á Madrid, ciudad colocada en lo alto de una meseta, cuyos alrededores áridos no despiertan el

menor interés y cuyo clima es abominable. Poco tiempo permanecimos en ella; por malo y molesto que sea el invierno de Inglaterra, no es mejorar de suerte el irse á Madrid á pasar esos meses. Aunque había abandonado casi por completo mi papel de inválido, siempre comprendí que después de arrastrar á mis compañeras á toda prisa, como ellas lo creían, en busca de calor, el permanecer en Madrid hubiera sido la mayor de las inconstancias. Con sumo placer emprendí la marcha hacia el Sur. María parecía estar en perfecta salud; sin embargo temblaba por ella mientras permanecimos en Madrid, como temblaría por la salud de cualquier amigo ó persona querida para mí, que residiese en esa ciudad barrida, de uno á otro extremo por los vientos traicioneros que se desprenden de los montes de Guadarrama, vientos insidiosos que llevan en sus alas los gérmenes de la consunción y de la muerte.

Continuamos nuestro viaje hacia el Sur con entera calma, deteniéndonos en cada lugar cuanto tiempo nos parecía; haciendo jornadas cortas y con toda la comodidad que podíamos procurarnos. Semanas enteras se nos pasaron en Málaga, en donde nos encantó la pureza del aire embalsamado que allí se respira, y en Granada tuvieron que transcurrir muchos días antes de que nos resolviésemos á dejar atrás las interesantes y maravillosas reliquias de los moros. Nos hallábamos en un mundo nuevo, que yo siempre había ambicionado conocer. Por fin, hacia los últimos días de Abril, cuando la

tierra estaba cubierta de rosas y lucía la vegetación esa rica exhuberancia desconocida en latitudes más al Norte, volvimos nuestros pasos hacia la ciudad que en mi mente habia escogido como fin de nuestra peregrinación: la medio morisca y medio española, sin par Sevilla, brillante, romántica, perdida entre sus jardines y sus huertos de naranjeros, con sus tortuosas y angostas calles, sus muros moriscos, sus numerosas torres, todas insignificantes al lado de la Giralda. Pareciame que allí estaba cuanto yo pudiera desear.

En Sevilla estaba todo aquello en busca de lo cual pretendí salir de Inglaterra: luz, calor, belleza. Si en alguna parte puede María olvidar el pasado cruel, será aquí sin duda. Acaso aquí empiece nuestra nueva vida.

¡Ciudad gloriosa y llena de maravillas, en la que estábamos! Su mágico encanto y atractivo se apoderaron de mis compañeras, como de mí se habían apoderado. Por mutuo consentimiento decidimos permanecer indefinidamente en Sevilla. Cansados ya de la vida de hotel, todos ansiábamos tener algo que se asemejase á un hogar propio: así pues, y aunque tal cosa no era fácil de hallar, yo alquilé una casa amueblada. ¡Y qué casa!

De la calle—angosta como todas las de Sevilla, construídas así para aprovechar la sombra—se entraba por una puerta de reja de hierro á un gran patio cubierto de mármol blanco. Ese patio abierto al cielo, salvo la tolda á veces extendida sobre él, respiraba el perfume de los

azahares, brillaba con los variados matices de sus flores y murmuraba con el ruido armonioso de sus fuentes. Todas las paredes estaban cubiertas de pinturas y á cada paso se veían estatuas y obras de arte. Los cuartos de la casa daban sobre ese lugar encantado, centro de la vida de familia durante muchos meses del año. A esto se agrega un jardín hermoso y lleno de flores ricas y variadas: á menos de profesar ciega adoración á nuestras nieblas inglesas, cualquiera se siente enamorado de Sevilla, la hermosa y cortesana ciudad.

Quién puede censurarme, si en medio de estos agrados, dignos de un sibarita, me dejé ir á un sentimiento de seguridad, casi de olvido, y llegué á imaginarme que tal vez habían terminado mis penalidades? ¿Quién puede maravillarse de que forjase castillos en el aire, en las largas horas que en ese patio, cuya atmósfera estaba cargada de perfumes, pasaba contemplando el hermoso rostro de María, sorprendiendo de vez en cuando una mirada en la profundidad de sus ojos, mirada que, una voz secreta me decía, era un rayo de amor?

Cierto es que muchas veces en mi sueño veía la cara blanca y lívida y la nieve que sobre ella se amontonaba. Otras ocasiones resonaba en mi oido el grito horrorizado de María. «¡El salario del crimen, adelante, adelante!» y entonces me despertaba tembloroso y convulso; pero á la clara luz del día, en medio de la calma y del reposo, casi me era posible desechar

por completo toda memoria de pesar y de espanto.

Y así pasaban los días, cada uno más feliz que el precedente. Siempre juntos María y yo, ora vagábamos por los espaciosos y bellos jardines del Alcázar, ó recorríamos en coche la Alameda de las Delicias, hacíamos excursiones á Itálica y á todos los puntos que según los libros de guía es de ordenanza el visitar, aunque creo que aun más placer que en esto hallábamos en contemplar á la gente que pasaba delante de nuestra propia puerta. Nos encantaba ver las monadas de los chicuelos andaluces, de rasgados y negros ojos, que hallábamos jugando á cada esquina. Admirábamos la exquisita gracia y el donaire de las sevillanas, y yo notaba que ninguna había entre ellas tan esbelta y elegante como mi María. Otras veces paseábamos por las calles de la Sierpes, cubierta por sus toldos y llena de tiendas aéreas, sin ventanas; todo era tan brillante, tan extraño, tan rebosante—por decirlo así—en tradición y olor de antaño, tan atractivo y lleno de interés, que que no es extraño que me fuese dado olvidar mis penas, por algún tiempo al menos.

En cuanto á María, aunque á veces su hermoso rostro tomaba una expresión de tristeza, como si la persiguiesen tristes recuerdos, aunque en sus ojos veía yo á veces esa mirada inquisitiva que indicaba un deseo de saber algo, que temblaba yo de solo imaginarlo, á pesar de esto, no creía yo, no podía creer que fuese enteramente infeliz. Con frecuencia sonreía, tranquila y pensativa—pero sonreía. Cada día me confirmaba más en la idea de que si nada sucedía que despertase memorias del pasado, es decir, si no se llenaba el vacío que en su mente existía sobre aquella noche fatal, no estaba distante el día en que ella pudiera ser del todo feliz. ¿Quién pudiera ocultarle para siempre esas tristes memorias?

Tal era mi vida. Así en medio de una paz y tranquilidad que casi eran la dicha, vi llegar la hora en que por tercera vez me atreví á declarar mi amor á María, pero entonces ya con la seguridad de que sus palabras serían eco de las mías. Tenía para ello buenas razones. No en balde había observado hacía varios días que sus ojos brillaban y que toda tristeza desaparecería de su rostro al acercarme yo. Por estas señales conocí que estaba cercano el momento supremo de mi vida.

Hago aquí una pausa. No me rebajaré á dar excusas por mi deseo de casarme con una mujer que creía ella misma ser la víctima inocente de un hombre de mundo villano y sin principios. Mi espíritu no tiene ninguna simpatía con los de las gentes que creen que tal excusa es necesaria. Las aseveraciones de la señora Wilson podían ser falsas ó verdaderas. Me habían producido la impresión de ser ciertas, y yo creía sinceramente que María tenía derecho á llevar el maldito nombre de ese fementido. Mas á mí nada me importaba que ella fuese la señora Ferraud ó una mujer inocente y vilmente traicionada. Para mí era María, y esto bastaba.

Respecto de mi deseo de casarme con la mujer que, en un momento de delirio temporal y excusable, había dado muerte á quien tan cruelmente la había ofendido, solo tengo esto que decir. Aunque esta narración publico, mi objeto no es el de forjar ó inventar. Esta es mi historia, que me ha parecído digna de ser narrada!—la historia de un hombre poseído de un amor ciego, apasionado, infinito por una mujer.

Mi amor por María era tan grande que no me avergüenzo de confesar que si yo la hubiese visto, en plena posesión de su juicio, levantar la pistola y dispararla contra el negro corazón del hombre que la había traicionado, á mí me hubiera parecido que en todo eso sólo había justicia. Hubiera deplorado el hecho, pero también le hubiera pedido su amor con tanto ardor y reverencia como iba á hacerlo.

Una vez más digo, que si me condenáis, debéis arrojar este libro lejos de vosotros.

María, con sus ojos medio cerrados, estaba sentada en el patio, como es la costumbre en esa hora, teniendo en la mano una ramita de esos azahares que á toda hora vierten su perfume delicioso, no necesitándose para ello agitarlos, como que el aire todo estaba lleno de la fragancia desprendida del árbol que se alzaba en el centro del marmóreo patio. Ella estaba ó se creía sola, pues un momento antes me le había separado para ir á tomar unos cigarrillos, y mi madre dormía la siesta en su aposento, no habiendo podido acostumbrarse todavía á aquella vida al aire libre. Al ver á María en toda su

deslumbrante hermosura, apoyada sobre un mármol blanco que hacía resaltar el encendido color de sus mejillas—sus largas, curvas y negras cejas—el seno alzándose y bajando suavemente—vinose el pensamiento, como una inspiración, que en un minuto iba mi suerte á decidirse. ¡Cielos! ¿cómo pude esperar tan largo tiempo para oir las palabras que yo sabía que quería ella decirme.

Llegué sin ruido al lado suyo, pasé mi brazo al rededor de su pecho y la atraje hacia mí: le murmuré palabras de amor apasionado en el oído—confidencia que tanto había temido, pero que ahora sabía que podía hacerle, que el amor de tantos años iba á ser reconpensado.

Ella no se me esquivó, no luchó para desasirme, sino tembló como una hojilla á mi contacto, y suspirando profunda y casi desesperadamente, dejó asomar una lágrima en sus ojos. Yo la estreché con más fuerza en mis brazos y le besé una y otra vez la mejilla, queriendo que si ese debía ser el último momento de su vida, pudiera decir que no había vivido en vano.

—María, murmuré, mi reina, mi amor, dime que por fin me amas.

Ella no respondió, sino que rompió á llorar, y yo me puse á besar en sus mejillas esas lágrimas, signos de su dolor.

—Amada mía, le dije, ya es respuesta bastante el que así me dejes besarte; pero he sufrido de tal modo, ¡he aguardado tanto!.... mírame y satisfáceme; dájame que te oiga decirme: ¡Te amo!

Volvió ella á mí sus llorosos ojos, pero por un instante no más, pues bajó la vista al suelo y quedó siempre silenciosa. Mas todavía se abandonaba sin resistencia entre mis brazos; y ésta, después de todo, era una respuesta verdadera.

Pero yo la necesitaba de sus labios:

—Dímelo, querida; dímelo una vez, le supliqué.

Sus labios temblaron; su seno se alzó y cayó; el rubor saltó en su mejilla y le bajó hasta el blanco cuello.

—Sí, murmuró, ahora que es demasiado tarde, yo lo amo á usted.

Yo reí con fuerza y apreté á María contra mí.

—¡Demasiado tarde! le grité. ¡Sí podemos tener cincuenta años de ventura!

—Es demasiado tarde, me contestó. Por complacerlo le he dicho que lo amo, Alberto. Amor mío, voy á vesarte una vez—y luego déjame, luego digámonos adiós.

—Cuando la muerte cierre los ojos de alguno de nosotros, entonces digámonos adiós— no antes.

Dije, y mis labios se unieron á los suyos en un largo y delirante beso.

Luego con un gesto delicado, pero firme, se separó de mis brazos se levantó, y de pie ambos sobre el marmóreo piso nos pusimos á mirarnos faz á faz.

—Alberto, dijo ella, todo esto debe olvidarse. Dime adiós; mañana nos separaremos.

—Amada mía, nuestras vidas de hoy más, no son más que una.

—No puede ser. ¡Ten lástima de mí, Alberto! Usted ha sido bueno para conmigo. No puede ser.

—¡Por qué? ¿Dime por qué?

—¿Por qué? ¿Necesita usted preguntarlo? Usted lleva un nombre digno y respetado; y yo, usted sabe lo que soy,—una mujer deshonrrada.

—Engañada, puede ser; deshonrada, no.

—¡Ah! Alberto, en este mundo, cuando se trata de mujeres, vergüenza ó error es lo mismo. Usted ha sido para mí un hermano; yo acudí á usted en mi desgracia, usted me salvó la vida—la razón. Sea bueno todavía y eviteme la pena de apenarlo.

Con la mirada, con el gesto parecía suplicarme. Oh, cómo pude resistir el decirle que creía firmemente que ella era esposa lejítima del muerto! Mucho me costó retener las palabras que se formaban en mis labios; pero conseguí no hablar. Porque, al decirle que su matrimonio había sido válido, tenía que añadirle que su esposo estaba muerto, y lo peor de todo, cómo había muerto él.

—María, le dije, la dicha entera de mi vida, mi solo deseo, estriba unicamente en hacerte esposa mía. Piensa, querida, cuán triste era mi vida cuando no tenía yo derecho de pedirte este favor; y piensa cuán triste no será cuando, sabiendo que me amas, veo que te niegas á ser mía ¿Te he sido fiel María?

—El cielo sabe que usted lo ha sido.

—¿Por qué entonces, ahora que me amas, no me premias?

¡Oh! No me hostigue—no puedo, no podré recompensarle. Alberto, ¿por qué con sus méritos ha de casarse usted con la querida de sir Mervyn Ferrand? ¿Por qué haber de ruborizarse al presentar su mujer al mundo?

—¡Ruborizarse! ¡El mundo! ¿Qué es mi mundo si no tú? Tú eres todo para mi, mi dulce amiga. Me amas—¿qué más quiero? Antes de una semana nos casaremos.

—¡Nunca! ¡nunca! ¡No quiero engañar al hombre que amo! ¡Alberto, adios para siempre!

Juntó sus manos y huyó bruscamente al través del patio, y solo la alcancé cuando ya había llegado á la puerta y la entreabría.

—Prométeme una cosa, le dije: prométeme que me esperarás aquí hasta que vuelva. No tardaré cinco minutos. No es mucho pedir, María.

Ella movió la cabeza asintiendo, y yo pasé adentro, y volví al patio minutos después con mi madre, que mirándonos á María y á mí, nos dijo sorprendida, pero risueña:

—¿De qué se trata? ¿Se han puesto á disputar los muchachos?

María, sin dar respuesta alguna, permaneció de pie con los dedos entrelazados y fijos en el suelo los ojos.

—Madre, dije, hoy le he pedido á María que sea mi esposa, le he dicho que de su consentimiento depende toda mi felicidad. La he amado durante años, y ella al fin me ama. Me ama, sí!

Mi madre dejó escapar un grito de placer y dió un paso hacia adelante. La detuve.

—La amo y soy amado, Pero ella se niega á casarse conmigo. ¿Por qué? Porque teme atraer vergüenza sobre un nombre honorable, usted es mi madre, conoce la historia de María, y más que toda otra persona en el mundo, debe celar usted por el honor de mi nombre y conocer á la que yo elija por esposa. Dígale....

Callé. Mi madre avanzó, abiertos los brazos, y un instante después, mi pobre niña lloraba entre ellos, en tanto que palabras que no oía, pero cuyo significado podía imaginarme, se le decían en el oído. Verdaderamente tuve razón al confiar en el noble carácter de mi madre.

—Déjanos solas por un momento, Alberto, dijo, mientras María sollozaba aún reclinada en su hombro. Vuelve dentro de un cuarto de hora.

Me volví, y al salir por la puerta de hierro pasó el cerrojo, usado á veces para ponerse á cubirto de indiscreciones, y me paré en la estrecha calle. Ví los hombres graves y las mujeres de ojos negros que pasaban, vagando por ahí; miré los alegres juegos de los muchachos, y después de lo que me pareció un cuarto de hora interminable, volví á saber qué éxito había tenido en mi causa mi gentil abogado.

Mi madre y ella estaban sentadas con los brazos entrelazados. María, al entrar yo en el patio, alzó hasta los míos sus ojos con una mirada

de infinita dicha. Mi madre se levantó y tomó á la niña de la mano.

—Alberto, dijo, al fin he logrado persuadirla de que tú y yo, á lo menos, estamos, por encima de las convenciones de lo que llaman mundo. Le he dicho que, sabiendo lo que sé, no veo en ello nada que le prohiba ser tu esposa, y que únicamente por su bien, vería mejor tu matrimonio con ella que con cualquiera otra mujer. Y me imagino, Alberto, que la he convencido.

Llenos de amor sus dulces ojos, se acercó á mi madre, me besó y abandonó el patio. Abrí los brazos para estrechar en ellos á la mujer más gentil y bella del universo y todo ante mi apareció brillante y glorioso. Mi grande amor había vencido.

Y sin embargo, aun en ese momento de bendición, mis pensamientos involuntariamente se dirigieron á un camino de Inglaterra lleno de montones de nieve, á un punto blanco en donde estuvo tendido durante muchos días un objeto espantoso. ¡Sueño! ¡Sueño! debe de haber sido una horrible pesadilla. ¡Olvídalo, Alberto North, goza de la dicha que has alcanzado al fin!

X.

La espada cae.

Una vez conquistada,—una vez convencida de que los obstáculos que su solicitud por mi bienestar levantó contra mi voluntad no eran insuperables,—María no resistió más; mientras que para mí parecía robado, ya que no enteramente perdido, cada día que pudiera contarse antes de que la llamase yo mi esposa. Con los argumentos de mi madre que reforzaban mi propia ardiente persuasión, no tuve dificultad en obtener de María el consentimiento de que nuestro matrimonio se verificaría tan pronto como se llenasen las formalidades necesarias. Y todavía, fijado el día ya, tuve que cambiarlo y posponer por un espacio más la ceremonia.

El motivo para diferir el coronamiento de mi ventura fué el siguiente: Sabiendo lo que yo sabía, se presentó la cuestión de decidir con qué nombre debía María casarse, si con su nombre propio de soltera ó con el falso nombre que le hizo llevar un tiempo sir Mervyn Fe-

rrand, por razones que él sabía, ó con el que legalmente le correspondía, á haber dicho la señora Wilson la verdad. Tan ansioso me hallaba, tan empeñado en no dejar la menor sombra de duda respecto á la validez de su segundo y más dichoso matrimonio, que bien considerado determiné sacrificar mis inclinaciones propias y posponer nuestra boda el tiempo necesario para hacer una rápida visita á Inglaterra, donde haría lo posible por alcanzar la evidencia de que María era la viuda del muerto.

Di el pretexto de que ciertos negocios relacionados con mis propiedades tenían que arreglarse antes de que me casara. Fuí á Inglaterra —á Liverpool—tan aprisa como pude. Permanecí allí una semana, y en ese espacio emprendí largas pesquisas acerca de la vida y la muerte de una mujer que, según la señora Wilson, había fallecido en determinada fecha, y había sido sepultada con el nombre de Lucía Ferrand.

Los informes adquiridos no importan á mi narración. Cualesquiera que hayan sido sus faltas, su historia era muy triste; como triste me parece la de todas las mujeres que despertaron el maldecido amor de sir Mervyn Ferrand. Sin embargo, el resultado final de mi investigación fué el siguiente: Ferrand se había casado con ella hacía muchos años, y luego se habían separado por mútuo consentimiento. Con su incuria cínica, no volvió él á molestarla más, y lo que es más extraño, tampoco ella quiso ver nada con él. Ella murió en la fecha apuntada por mi informante. Así, pues, la cuestión de la identidad podía fácilmente establecerse, de modo que si algún día fuera á María necesario reclamar los derechos que correspondían á la viuda de sir Mervyn Ferrand, no pudiera hallar obstáculos en su reclamación. Pero me juraba que pasarían años antes de darle á conocer la muerte de ese hombre.

Hice de manera que no se notase mi presencia en Inglaterra, donde de hecho corría algún peligro. Porque según lo que sabía, podía cualquier incidente volverse contra mí. Si la sospecha de que el autor de la obra de aquella noche recaía sobre María, yo, compañero de su fuga, no podía esperar escapar libre. No obstante, me tranquilicé pensando que si algún peligro nos amenazase, algo habría oído decir, porque después de nuestra primera salida tan precipitada, no había tenido yo empeño en ocultar nuestro paradero. Esto hubiera sido inútil. Mi madre tenía amigos en Inglaterra, con los que se correspondía por cartas. Yo tenía un agente y abogados, con los cuales tenía también que corresponderme por asuntos de intereses. Así mismo me había visto obligado á escribir a mi imbécil Juan para que se deshiciera de la quinta lo mejor que pudiera y buscara para sí mismo nueva colocación. Pero á pesar de todo cuidé de que se ignorara mi estancia en Inglaterra.

Aunque ocupado en rebuscar evidencias en favor de María, no descuidé tomar informes de lo sucedido aquella noche cerca de Roding. Y hallé que, para el público á lo menos, el crimen

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

seguía siendo misterioso. Nadie había sido detenido, nadie acusado, ninguna causa del hecho se había descubierto, la sospecha en nadie había recaído aún. Ciertamente y á pesar de las cien libras de recompensa ofrecidas por el Gobierno, parecía que el asesinato de sir Mervyn Ferrand debía engrosar la lista de los crímenes no descubiertos. Por esto vi que la señora Wilson había guardado su promesa de callar y ahora que habían pasado meses ya, ahora que la atención pública se hallaba distraída de este conmovedor asunto, ahora que María parecía hallarse más lejos que nunca de dar señales que indicasen la rememoración de lo que su error ó su frenesí había hecho á su mano ejecutar inconscientemente, me atreví á esperar que cualquier probabilidad de una revelación de la verdad quedaba reducida al mínimum. Alivio inmenso me dió el resultado de mis investigaciones, y mi corazón se sintió casi alegre cuando, armado con las pruebas de la muerte de la primera señora Ferrand, me volví apresurado á Sevilla, al encuentro de María y de la felicidad que me prometía.

Nos casamos. ¡María y yo nos casamos! Casados; ¡y pocos meses antes desfallecía solo, miserable, desesperado, pensando en que la que amaba se hallaba para mí, perdida sin remedio! ¿Qué era de todo aquello que llenó esos meses y los hizo los más negros de mi vida? Hoy somos marido y mujer, y estaremos unidos hasta que la muerte nos separe.

Ni una palabra dije de mis pesquisas en Liverpool. No tuve dificultad en persuadir á María, que en algunas cosas era tan crédula como una niña, que era necesario, ó por lo menos conveniente, que se casase con el nombre que le daba su primera certificación de matrimonio. Firmó, pues, por última, y tengo motivos para creer que por primera vez, con el nombre de María Ferrand, y advertí que tembló al formar las letras.

Aunque mi esposa era medio española de nacimiento y yo en muchos sentidos, me hallaba acomodado al género de vida de los españoles, éramos sin embargo bastante ingleses todavía para considerar como indispensable pasar viajando la luna de miel. El viaje debía ser muy corto, no atreviéndonos á ir muy lejos de mi madre, que quedaba en Sevilla sola con algunos criados. Y como sucedía que, tan cerca de Cádiz, aún no la habíamos visitado, pensamos que la ocasión era buena para hacerlo.

A Cádiz fuimos, pues, y paramos algunos días en el Hotel de París. Mucho nos gustó la ciudad con sus paredes blancas, que se alza y resplandece sobre el mar azul obscuro, parecida, como la he visto descrita no sé donde, á una perla blanca en una corona de zafiros; ó como dicen los gaditanos, á una *tacita de plata*. Nos agradaron las filas de casas con sus azoteas, y el movimiento y ruido de sus muelles en el puerto. Nos encantaron los paseos sobre las graníticas murallas y las vistas animadas de la poblada bahía y del campo lejano. Pero al mismo tiempo convenimos en que Cádiz no sostenía la

comparación con nuestra hermosa Sevilla, y pensamos que lo mejor sería volver cuanto antes á la ciudad alegre.

Y ya cumplido mi deseo ¿era feliz? Después de todo lo que había sufrido ¿podía sentirme dichoso en esos primeros días de nuestra vida marital? Cuando me acuerdo de ello, me detengo y medito, procurando en vano responderme satisfactoriamente. María me amaba y era mi esposa; á todo evento, bueno ó malo, era ya mía para siempre: en eso sí era feliz, tres veces feliz, y de haber podido vivir en el presente, mi dicha habría sido perfecta.

¡Pero había el pasado! No podía yo olvidar por cuál camino había llegado á esa felicidad, y sólo podía congratularme de que nadie más que yo conocía los horrores y peligros del camino aquel, de que yo solo sabía el secreto de aquella noche. Pero aunque sabría guardarlo eternamente ¿habría de ser siempre un secreto?

Sí, ahí estaba el futuro. Detrás de esa dicha del presente, asomaba el temor de lo que el porvenir nos reservaba á ambos. Era un temor que cada día iba creciendo, ¡porque mientras mayor era la dicha, más espantoso parecía el pensamiento de perderla. El sentimiento de que el edificio de mi ventura se alzaba sobre arenas, amargaba mis horas más dulces, y no sin razón en mi concepto.

La misma abstención de María de recordar la vida pasada, justificaba algo á mis ojos mis presagios sombríos. Ni una vez el nombre de sir Mervyn Ferrand se pronunció entre nosotros, ni una vez me pidió detalle alguno concerniente á los sucesos de aquella noche en que, en lo más fuerte de su pasajera locura, llegó á mi quinta. Cierto es que al verse casada y al principio de una nueva y más dichosa etapa de su vida, era natural que quisiese dar al olvido la falta y la vergüenza y los sufrimientos originados por el más odioso engaño; pero me hallaba tan mezclado yo en la catástrofe, que el silencio me parecía extraño. Su reticencia me alarmaba, figurándome que la causa debía ser cierta inquietud vaga respecto de aquella noche, cierta duda que ella no se atrevía á examinar. Según me consta, no es raro en las mujeres que sanan de esa enfermedad misteriosa que las tiene locas por algún tiempo, que queden incapaces de recordar y describir minuciosamente los fantasmas que las asediaron en esas horas de delirio, hecho no sólo por mí comprobado en dos ocasiones, sino establecido como indispensable por las autoridades que estudié durante la crisis de María. Mi gran temor consistía en la posibilidad de que en un momento dado, acaso cuando nuestra felicidad fuera la más perfecta imaginable, la menor circunstancia, cualquiera alusión, aun la simple mención de un nombre, podría suplir el eslabón perdido, y la espantosa verdad lucir clara á la vista de mi esposa.

Nuestra vuelta á Sevilla se verificó por agua, pues con todo y no ser muy interesante el Guadalquivir, pensamos que era preferible viajar embarcados que no por los lentos y repletos

trenes, tan repletos como hediondos á ajos y tabaco. Así dejamos una mañana á Cádiz y pronto nos vimos navegando por el pesado y turbio río, entre llanuras bajas y pantanosas.

No había muchos pasajeros á bordo, y el vapor mismo era un puro desperdicio, al punto de hacernos, al cabo de una hora, echar de menos el ferrocarril. Las millas se sucedían á las millas, sin que el desierto cruzado por el río ofreciese objeto alguno de interés, salvo alguno que otro rebaño ó el vuelo de una ave acuática, y á no ser porque tenía á María al lado, habría sido aquella la jornada más enojosa de mi vida.

Por supuesto que había turistas ingleses en el buque: ¿cómo habían de faltar? Dos de ellos, jóvenes y al parecer caballeros, se sentaron cerca de nosotros, y después de algunas miradas de admiración para mi hermosa María, se pusieron á conversar con volubilidad, conociéndose, por la libertad con que hablaban y por el vigor de sus comentarios desfavorables al país, que nos tomaban por naturales de él, delante de los cuales podían desfogarse sin ser comprendidos. María, por cierto, parecía española, y yo llevaba oculta mi nacionalidad tras el tinte que el sol había dado á mi semblante.

Los dos compañeros charlaban, enteramente ajenos á que dos de sus vecinos no perdían una palabra de su conversación. Durante algún tiempo los escuché divertido, y luego, el acompasado movimiento del buque, el perezoso flujo de la fangosa corriente, los monótonos bancos delante de los cuales pasábamos, todo ejercía

sobre mí un efecto soporífico, y principié á cabecear dormido.

Al través de mi sueño oí clara y distintamente pronunciar un nombre, un nombre odiado; salté y abrí los ojos. La cabeza de María se inclinaba hacia adelante, como para cojer al vuelas palabras que otro decía.

—Sir Mervyn Ferrand, repetía uno de los compañeros. Sí, me acuerdo de él, alto, buen mozo.... ¿En dónde está ahora? Era una mala cabeza.

—¿Conque ha leído usted ú oído algo acerca de él? preguntó el otro sorprendido.

Toqué el brazo de mi mujer.

—Vámonos de aquí, María.

Ella hizo un gesto negativo, y al instarla de nuevo, su movimiento fué de mal humor.

—¡Ah! dijo el segundo turista riendo. Me olvidaba que usted ha estado durante meses fuera del centro de la civilización y los periódicos. Pues bien, Ferrand fué asesinado—muerto de un golpe.

—María, querida María, ven, te lo suplico, murmuré.

Era demasiado tarde. El aspecto de su rostro me demostró que nada, nada podría moverla de allí. Quería oir la espantosa verdad, dicha acaso con detalles equivocados. Yo gemí en mi interior: el instante tan largo tiempo temido acababa de llegar. ¿Ni qué ganaría yo con arrancarla de allí á la fuerza ó con interrumpir á los interlocutores? Ella había oido demasiado, y me obligaría á contarle el resto.

Solo podía persuadirla que de ninguna manera se hallaba ella asociada á la muerte de ese hombre.

—¡Asesinado! ¡Pobre mozo! ¿Quién lo asesinó? dijo el primero de los jóvenes.

—No se sabe. Fué muerto en un camino del campo, precisamente al principiar aquella horrible tempestad de nieve del invierno pasado. Parece increíble; pero la nieve se amontonó sobre él, y hasta que no se deshizo no se descubrió el crimen. Por supuesto que en el intervalo el asesino se escapó.

—¡Pobre diablo! Nunca supe de él cosa buena; pero ¡qué fin!

Yo no miraba á los interlocutores, sino que observaba todos los cambios del rostro de mi esposa, del cual había ya el color desaparecido. Ví sus labios y su garganta contraerse convulsivamente, como si procurasen articular un sonido, y sus cejas obscuras arquearse con angustia, mientras enlazaba sus manos, como hacía cuando se encontraba agitada fuertemente. De improviso volvió sus ojos á los míos, y su mirada de horror me dijo que lo peor acababa de suceder, que el temor que me asediara se había realizado. Luego con un sordo gemido cayó sobre mi hombro, pálida y sin conocimiento.

Aunque en el colmo de la desesperación, creo que adquirí una especie de tranquilidad mecánica, y me parece recordar que los dos viajeros ingleses me ofrecieron sus servicios, porque al llevarnos á María á un lecho improvisado en

la parte más sombría y fresca que pudimos hallar, sonreí y atribuí el desmayo de mi esposa al calor del sol, al olor de la máquina ó á algo parecido. No pudieron esos jóvenes sospechar lo que habían hecho con sus palabras casuales, no pudieron pensar que con el nombre de sir Mervyn Ferrand habían quizá destruido la dicha de dos existencias. Mi corazón estaba lleno de miedo y de dolor, pero creo que me porté valientemente.

A pesar de todos los remedios que pudimos suministrarle, el desmayo de María duró considerablemente, hasta ponerme en cuidado. Ciertamente no me pareció mal que el síncope hubiera sobrevenido, pues por algún rato libraba aquel cerebro de las memorias espantosas que súbitamente lo habían acometido, y á haber sido posible, aun me habría alegrado de que continuase insensible hasta nuestra llegada á Sevilla. Mas no debía ser así, y poco á poco fué moviendo sus ojos hasta abrirlos, y recobró el conocimiento con sus temidas consecuencias.

Le hablé, pero no me respondió; apartó sus ojos de los míos; evitó mi atención, y hasta pareció sustraerse al contacto de mi mano, no saliendo de sus labios una palabra en el resto de aquel odioso día. Ella yacía con el rostro vuelto del costado del buque, ajena á las miradas curiosas de los pasajeros, ajena á las palabras de amor que yo le murmuraba, ajena á todo, menos á su propio pensamiento, pensamiento que tiemblo de figurarme á dónde la llevaba.

Al través de aquellas largas y pesadas horas

en que el ruinoso buque ascendía por la ancha y fangosa corriente, permanecí sentado al lado de María, tratando de hallar el modo de distraer nuestro dolor. ¡Ay! todo se estrellaba contra el obstáculo de la conciencia que ya tenía ella de lo que había hecho, porque yo estaba cierto de que ya ella lo sabía: claro me lo decía la mirada de sus ojos. La duración de su locura había sido tan corta, que no podía consolarme con la idea de que le sucediese como á otros maniáticos, que al recobrar la razón se preocupan poco de lo que hicieron en estado de locura; y sentía que en el caso de mi esposa mi sola esperanza estaba en atraerla por medio del raciocinio al orden mío de ideas, esto es, á que se considerase irresponsable ante toda ley, divina ó humana, de sus actos de aquella época; pero era grande mi temor de que con su natural sensible é impetuoso pudiese mirar su conducta desde este punto de vista. Y á no haber sido ella la mujer que con tal pasión amaba, dudaba yo de que pudiera absolverla enteramente de su crimen, al recordar aquellas palabras suyas: «Alberto, ¿ha odiado usted alguna vez á un hombre?

Porque por extraña anomalía, yo hubiera querido, en lucha franca por supuesto, matar á aquel hombre hiriéndole el corazón, y aun me habría gloriado del hecho. Pero María era mujer, y, á no haber sido la que yo amaba, me habría retirado de aquella que, aun en su locura, se hubiera visto lanzada á ejecutar venganza tan terrible.

Sonreí amargamente al pensar cuán débil soplo de viento había bastado para echar por tierra mi castillo de naipes. Pero sonreí triunfante luego, cuando me dije á mí mismo que aconteciera lo que acontesiese—miseria, vergüenza, muerte,—yo había cumplido y gozado por una semana el único deseo de mi vida. Nada podía privarme de ese recuerdo.

¡Legamos al fin! Silenciosa todavía ó respondiendo á mis preguntas con monosílabos, conduje á María á nuestro hogar, feliz un tiempo, de Sevilla. Mi madre, con sonrisas de bienvenida en su gracioso semblante, se hallaba á la puerta del patio para recibirnos. Al verla María, sentí estremecerse el edificio de mi amor. Dejó que mi madre la besara y acariciara, sin dar muestras de afección recíproca..

—María está enferma, dije como explicación: voy á llevarla á su aposento.

Condújela á las habitaciones que en nuestra ausencia había preparado mi madre para nosotros . Eran alegres y hermosas, llenas de flores y otras delicadas menudencias que daban pruebas del cariñoso interés con que se nos estaba esperando. María no se dió cuenta de nada. Cerré la puerta y volví hacia mi esposa.

Ella me miraba con esos extraños ojos obscuros que parecían querer llegar á mi alma misma.

—Alberto, me dijo con voz baja y solemne, dime. dime la verdad. ¿Qué hice yo aquella noche?

XI.

Alegato especial.

¡Todo había concluído! ¡Ella sabía! La esperanza que me había alentado de que la agitación de María al saber la muerte de sir Mervyn Ferrand provenía solo de haberlo ella amado un día, se desvanecía enteramente. No había remedio, no había posibilidad de persuadirla que los horrores que ella recordaba no eran sino ficticios. Y además, aunque habría dado mi vida por haber evitado que conociese el hecho, al encontrarse mis ojos con los suyos tan queridos, no me atrevía á formular una mentira.

Traté ciertamente, y solo por ganar tiempo, de buscar una respuesta evasiva; pero á las pocas palabras ella me interrumpió.

—¿Y por qué pregunté? murmuró. ¡Si yo lo sabía todo—todo—todo! Yo he visto en mis sueños eso—la blanquecina ruta—el sombrío rostro muerto—la arremolinada nieve. En sueños me he visto al lado suyo, y me he dicho á mí misma; ¡Está muerto! Pero, Alberto, mi

amor, esposo mío, yo pensaba que no era sino un sueño; como lo odiaba, he soñado que yo le daba muerte.

—¡Alberto, mi querido Alberto, dime si puedes, que he soñado!

Su voz tomó el acento de la súplica y me miró lastimeramente.

—Amada mía, debe haber sido un sueño, le dije.

Ella separó sus brazos bruscamente:

—¡Nó, nó! No fué un sueño. Aun ahora mismo me veo de pie en la noche al lado de aquella forma inmóvil. Puedo sentir el aire frío en mi mejilla y me contemplo huyendo al través de la nieve. ¡Alberto, yo odiaba á aquel hombre y lo maté!

Las lágrimas corrían de mis ojos por mi semblante. Le tomé las manos y luché por atraerla hacia mí; pero ella se arrancó de mi lado, y arrojándose con violencia en su lecho, cayó en paroxismo de sollozos, y me volvió la cabeza al acercármele angustiado.

—¡Yo lo maté, lo maté! murmuró en doliente tono. ¡Oh, espantosa noche! Desde entonces me persigue su imagen. No sabía por qué, pero ahora sí lo sé: El me ofendió y yo le dí muerte, le dí muerte.

Le rodeé el cuello con mi brazo, y sobre su mejilla puse la mía; mas al sentir mi contacto saltó con brusquedad.

—¡No, no! gritó. ¡No me toques! ¡Húyeme! ¡Aléjate de mí! Alberto ¿Lo oyes? ¿Lo comprendes? ¡He asesinado á un hombre!

Una vez más se lanzó á su lecho, y su ser se quebrantó de angustia.

—¡Una mujer deshonrada, perdida! — murmuró. ¡Abandonado juguete de un malvado, y ahora una asesina! ¡Bien has escogido tu esposa, Alberto!

—Mi tierna amiga, ¡yo te amo!

—¡Amarme! ¿Cómo puedes amarme? Ese amor no es santo. Pero si me amas, ¡ayúdame á morir, Alberto! ¡Dame algo que me mate! ¿Por qué me salvaste la vida?

—Porque te amaba entonces como te amo ahora.

Quedó silenciosa y esperé que se calmase, que pasase el primer choque producido por su reciente descubrimiento, para razonar con ella, para mostrarle que por ninguna ley moral debía considerarse ella culpable del espantoso crimen. De repente se volvió á mí:

—¿Cómo lo maté? preguntó temblando.

—¡Cálmate amada mía! Ya hablaremos de eso.

—¿Cómo lo maté? repitió con vehemencia.

—Se le encontró herido en el corazón, respondí vacilante.

—Herido en el corazón—en el malvado corazón! ¡Herido por mí! ¿Cómo pude hacerlo? ¿Con qué? Alberto, dímelo todo ó me vuelvo loca; no quiero que se me oculte nada.....—Quiero saberlo todo.

—Fué herido con una pistola.

—¡Una pistola! ¡una pistola! ¿Cómo la tenía yo? ¿En donde está?

—La he perdido.

—¿Tú? Luego tú sabías?....

Hice un gesto afirmativo, porque comprendí que era inútil ocultarle nada. Ella tenía que saberlo todo, y todo se lo dije, de consiguiente. Díjele cómo había ella prometido venir á encontrarme; cómo, no habiendo cumplido su promesa, fuí yo en busca suya; cómo nos cruzamos entre la tempestad de nieve, y cómo logré al fin encontrarla; le repetí sus bruscas palabras, y le dije de qué manera el arma había caído á mis pies, y cómo, en el primer impulso, le arrojé lejos en medio de la noche. Le conté de qué modo se me escapó ella y huyó por el camino solitario, y cómo, exitado y aterrorizado por sus palabras, corrí desolado para saber su significación; de qué manera había encontrado el cuerpo de sir Mervyn Ferrand, y sin preocuparme de esconder el hecho, lo dejé en el camino, y cómo volví á mi casa, y la encontré á ella, María, que esperaba en el paroxismo de su locura temporal. Todo se lo dije, y le juré que desde el instante en que descubrí que ella tenía perdida la razón, la tuve, á pesar del hecho realizado, por tan inocente de ese crimen como cuando, de niña, dormía ella en el regazo maternal.

Ella me escuchó fijando en mí sus dilatados ojos pero sin interrumpirme con palabras ó con gestos, y apenas concluí, se cubrió el rostro con las manos, y lágrimas abundantes comenzaron á saltar entre sus dedos.

—¡Ninguna esperanza; ninguna! exclamaba. ¡Oh! Alberto, ¡yo esperaba algo que me dije.

ras me mostraría que no fué mi mano la que hizo aquello! ¡Mi amor, mi solo amor, hemos sido tan dichosos mientras he podido persuadirme de que aquello no era sino un sueño! ¡Ya no seremos dichosos nunca más, Alberto!

Aunque todavía se alejaba de mí, por la fuerza la atraje y puse su pobre cabeza sobre mi hombro. Acaricié su blanda y sedosa cabellera negra, besé su blanca frente, hice uso de todas las expresiones suaves y alentadoras que pudo sugerirme amor tan grande como el mío, ¡pero todo en vano! Apenas dejaba de apretarla contra mi seno, se esquivaba y huía de mi lado.

—¡Alberto, gritaba, tú lo sabías! Tú sabías que la sangre de un hombre manchaba mis manos. ¡Te repito que ese amor no es santo!

—Querida mía, yo también te repito que á mis ojos—y si se supiera la verdad, á los ojos de todo el mundo—eres tan inocente como una niña.

Ella movió la cabeza como desesperada, y comprendí que nada al presente podía conmoverla. Acaso era más de lo que yo debía esperar, por lo cual aplacé mi argumentación, y le supliqué que se entregara al descanso, haciéndola tomar en seguida un calmante. Sentéme á su lado durante horas, con su mano en las mías hasta que al fin cayeron sus párpados, y rendida por sus penas se durmió.

¡Oh! ¡cuánta razón tuve en haber huído! Aunque una circunstancia casual había revelado lo que con tanto anhelo esperaba que quedase sepultado en el olvido, ¡qué acertada fué mi decisión! Si la justicia hubiera puesto sus manos en mi dulce esposa, la habría sin duda descargado de toda culpa; pero el juicio y la exposición la hubiera muerto. Gracias al cielo, se hallaba en salvo, y sólo tenía que comparecer ante el tribunal de su propia delicada conciencia.

Cuando sentí que su aliento se había hecho regular y conocí que dormía profundamente, puse suavemente mis labios en su hermosa mejilla, y la dejé, yendo al punto en busca de mi madre, á quien le dije lo mejor que se me ocurrió respecto de la indisposición de María. Simulé como pude un semblante risueño, y escuché con muestras de interés lo que á su vez me contó mi madre respecto de ciertas dificultades con algunos de los criados del país, sobrevenidas durante nuestra ausencia, bien que en realidad nada podía interesarme, al pensar que mi pobre amada yacía allí durmiendo, para despertar ¡ay! llena de dolores y remordimientos. Nada de extraño, pues, que así que estuve con mi madre, la menor cantidad de tiempo que el deber filial y la gratitud exigían, volase al pie del lecho de María.

Velé á su lado hasta que despertó—hasta que sus espléndidos ojos negros se abrieron por sí mismos. Me incliné sobre ella y la besé apasionadamente, y mientras estuvo entre el sueño y la vigilia, en esos momentos de inconsciencia, me devolvió mis caricias; pero vino al punto la memoria con todos sus terrores.

—Déjame, dijo, soy una asesina.

Una vez más se lo negué, y le repetí que era

inocente, como que mi sola esperanza estribaba en que á fuerza de decírselo podría hacérselo creer, y á pesar de que me escuchaba con indiferencia, seguí hablándole con elocuencia y pasión crecientes. ¿No estaba acaso abogando en favor mío al abogar en su favor? Si lograba persuadirla de que no era responsable de lo que había hecho, algo podía salvarse de aquella felicidad que días antes me había prometido.

—Alberto, murmuró, he estado soñando cosas horribles. ¿Me encausarán? ¿Me ahorcarán?

—Estamos en España, querida mía. Aunque fueras culpable, la ley inglesa no te alcanzaría aquí.

Ella dió un salto.

—¿Y por eso te apresuraste en venir á España? ¿Para salvarme de una muerte deshonrosa?

—Para salvarte de lo que, dado tu estado de salud, no podías soportar. Te digo otra vez que eres inocente; pero no quería correr el riesgo de un proceso.

Permaneció en silencio algunos minutos, y luego dijo:

Soy orgullosa, apasionada, agresiva; pero jamás habría imaginado hacer eso. Estaba loca, he debido estar loca.... Alberto, puedes decirles que yo estaba loca. Ellos te creerán y me olvidarán.

Y me miró como implorándome.

—Puedo probar, le dije, puedo establecer bajo juramento que en aquella época eras presa de un delirio furioso. Puedo garantizar con

mi reputación profesional que tus actos fueron resultado de la locura. En tal concepto no temas nada, esposa mía.

Hablé con ardor; pero al hablar, un pesamiento me asaltó—un pensamiento que hizo palidecer mis mejillas y bañó en sudor mi frente: el de que, según la ley, un marido no puede en causa criminal alegar nada en pro ni en contra de su esposa. Mi matrimonio con María la privaba del beneficio de mi testimonio para establecer su locura, y temblé como una hoja á la idea de lo que podía acontecerle en el caso de ser juzgada por el asesinato de sir Mervyn Ferrand. Sus mismas enfermeras no la vieron sino sana ya: nadie sino yo, y acaso mi criado, la hemos visto en su locura.

Fué mi espanto tal, que tuve que dejar la habitación para recobrar mi presencia de espíritu. Una y otra vez di gracias al cielo de hallarnos en país extranjero, bien que el solo pensamiento de que mi loco amor había podido destruir á la que amaba, era más de lo que podía yo soportar.

Creo que he languidecido bastante desde el terrible día en que mi esposa supo que el sueño aquel, que de tal modo la había asediado, no era sino realidad—que su mano había vengado inconscientemente su supuesta y premeditada afrenta. Réstame decir que la angustia mental en que se vió sumida no dejó de acompañarse de males físicos. En efecto, mi pobre muchacha estuvo enferma, muy enferma durante días; pero mi madre y yo la cuidamos con tanto esme-

ro, que poco á poco, ayudados de su juventud y de su constitución espléndida, fué recobrándose, y aunque sombra de sí misma, pudo lejar al fin el lecho. Mi madre fué la ternura misma para su hija, aunque nada sabía de la verdadera causa de su mal; y aún me reprendió por cierto y categóricamente, por no haber cuidado lo bastante de mi hermosa desposada, y juró que en adelante nada podría inducirla á perder á María de vista un solo instante.

Ahora que María sabía todo lo que había hecho, pensé que sería mejor decirle que, aunque sir Mervyn Ferrand tuvo realmente la intención de contraer con ella un matrimonio de burlas, por una extraña casualidad resultó que la había hecho su verdadera esposa. Mas esto no bactó á consolarla.

—Mi crimen es entonces mayor, dijo amargamente. He muerto á mi marido en vez de matar á mi seductor. Yo no debo vivir.

Pasaron semanas, al cabo de las cuales vi que María se fortalecía gradualmente, y lo que me regocijaba más, que en cierto modo parecía más tranquila y razonable. Con todo el poder de que podía yo disponer, nunca cesé de repetirle que moralmente era ella inocente, y mis palabras al parecer empezaban á producir sus resultados: sus accesos de mental angustia y de recriminaciones á sí misma eran cada vez menos frecuentes; ya, aunque estuviéramos solos, no tocaba tan á menudo el asunto de su crimen. La calma había renacido para nosotros, y yo me atrevía á esperar que el gran médico, el tiempo, podía otorgar un día al corazón de mi esposa algo que pudiera llamarse melancólica felicidad; bien que no se me ocultaba que para esto tendría que esperar años y años.

Ella estaba cambiada, muy cambiada, como que rara vez sus labios sonreían, como que sus ojos no fulguraban ya, sino cuando yo me le acercaba. Parecía de más edad y más grave; pero, á pesar de todo, conocía yo que me amaba siempre con amor imperecedero.

Aunque por último habíamos cesado de discutir acerca del pesar de nuestra vida, yo sospechaba que muy raras veces su recuerdo se ausentaba de su mente, oyéndola á menudo, mientras me hallaba al lado suyo, murmurar palabras en medio de sus agitados sueños, cuyo significado no se me escapaba. Al rodearla entonces con mi brazo y asegurarle la grandeza de mi amor, maldecía de corazón al hombre muerto, origen de aquel dolor que así turbaba esa hermosa cabeza reclinada en mi regazo. ¡Ay de mí! ¡Qué vida hubiéramos podido llevar, ahora que el amor reinaba entre los dos!

Una vez—poco después que María empezó como inválida á arrastrarse por el fragante patio—me dijo con voz evidentemente trémula:

—Alberto, ¿lees los periódicos de Londres?

—Algunas veces, no siempre. Tengo enteramente olvidada á Inglaterra.

—Prométeme que los leerás todos los días, desde ahora.

—Lo haré, si lo pides: pero ¿para qué?

Su voz se hizo más débil:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¡No puedes adivinarlo? Oye, Alberto. He consentido en que seas mi guía, y no anhelo sino que llegue el día en que yo pueda pensar como tú piensas. Pero ¿y si algún inocente se ve acusado del crimen que yo he cometido? No habría entonces más que un camino, y no podrías evitarlo. Prométeme que verás los periódicos todos los días apenas lleguen. No quedaré tranquila de lo contrario.

Lo prometí de mala gana. Suele la justicia padecer equivocaciones, pero no semejantes á la prevista por María. No; la muerte de sir Mervyn Ferraud era un misterio que no debía aclararse nunca, y así, para calmar á mi pobre esposa respecto á eso, escribí que me enviaran diariamente el *Times* por correo.

XII.

Tentación deshonrosa.

Me repugna mirar retrospectivamente y volver á leer las palabras escritas á influjo de impresiones ya pasadas; pero me parece haber dicho no sé dónde, que este cuento es una confesión, y si no lo he dicho, he debido hacerlo. No tiene pretensión alguna de ser obra de arte, como tampoco de imaginación: ¿cómo podría serlo? Solo contiene dos caracteres: un hombre y una mujer y trata sólo del amor que se tuvieron y de algunos meses de su vida, aunque en esta relación he procurado que nada quede oculto, que mis pensamientos y mis esperanzas, mis temores, mis penas y alegrías aparezcan como fueron. Creo que nada he suprimido de lo que pudiera hacerme condenar con más energía de la con que se me condena acaso, porque mi deseo ha sido mostrarme tal cual era—y sin

duda tal cual soy,—un hombre débil y egoista; pero que por amor á una mujer, quiso arriesgar fortuna, vida y hasta honor. Si no he logrado presentarme de esa manera, no se culpe á mi intención sino á mi corta habilidad.

Pero si no puedo decir hasta qué punto he realizado mi propósito, sí conozco que en este capítulo debo sucumbir por fuerza; el lenguaje rico y poderoso que necsitaría para expresarme, no ha sido inventado aún; el escritor que pudiera reproducir con fidelidad mis pensamientos, no ha nacido todavía.

Y el capítulo todavía ha de ser corto, ha de ser la historia de unas pocas horas; pero ¡qué horas! Horas durante las cuales luché contra la tentación de cometer no sólo un crimen, sino un crimen bajo y miserable, tentación más fuerte, me atrevo á decirlo, que ninguna de las que hasta ahora han acometido al pobre sér humano. Mis palabras son pretensiosas pero escúchenme.

¡Oh, aquella mañana! ¡Qué bien puedo recordarla! Acabábamos de almorzar, y aún se veía en el entoldado patio la pulida mesita con su mantel blanco, que hacía resaltar los densos colores de las lucientes frutas en él esparcidas. Yo estaba solo, pues mi madre y María se habían retirado á sus quehaceres domésticos, y descansando y perezoso compuse un cigarrillo y lo encendí, culpándome á mí mismo de profanar barbaramente con el humo del tabaco aquel ambiente tan embalsomado. Luego saqué de mi bolsillo el Times de Londres acabado de lle-

gar por el correo, y sin ahinco me dí á recorrer sus largas columnas.

No me inquietaba nada de lo que pudiese hallar en los periódicos, pues no era de ellos de donde temía yo que me viniese el peligro. Había, sin embargo, observado que siempre que María me veía con un diario en la mano, me miraba con ansiedad y como interrogándome, por lo cual decidí examinar todo periódico antes de que ella lo viese, no dejándoselo leer sino cuando ya lo había leido yo, todo por temor de que la más remota alusión al crimen misterioso y desconocido pudiera causarle grave daño. Y respecto á su peregrina ocurrencia de que otro podía ser acusado de él, no me daba la inquietud menor.

Así, pues, volvía y repasaba las anchas hojas, dejando á un lado las noticias del día, desflorando los artículos editoriales, echando una ojeada á las noticias extranjeras, parando poco la atención en los casos jurídicos y menos aún en las fluctaciones del mercado. Por último me fijé en la sección de provincias, y un nombre hirió mis ojos. Corrió un estremecimiento por todo mi cuerpo, mi cigarrillo cayó en el pavimento marmóreo, y con una agitación de que ninguna palabra puede dar idea, leí este corto párrafo bajo el nombre de la ciudad principal del condado en que se hallaba situado Roding. Lean:

«Guillermo Evans, el hombre acusado del asesinato de sir Mervyn Ferraud, barón, en Enero último, será juzgado en este tribunal

que se abrirá el día 20. El caso, que tanto interés ha despertado, será examinado el primer día. Se dice que, aunque se presentarán contra el prisionero nuevas pruebas, estas serán puramente accidentales.»

Cada palabra del maldito párrafo pareció caer sobre mi cabeza como un golpe. Quedé aturdido durante unos minutos y sentí que mis dientes daban unos contra otros, mientras que la sangre se retiraba de mis mejillas: ¡el temor imaginario de María acababa de realizarse! Otro—un hombre inocente—cargaba ya con la culpa de su propio acto de locura. Confuso, estúpido, capaz apenas de comprender todo el efecto de lo que había leído, permanecí inmóvil, con la mirada fija en la hoja fatal.

La voz apacible de mi madre llamando á María me despertó de mi estupor. Ya venían hasta donde estaba yo, pero no pudiendo soportar su presencia, doblé el periódico, lo hundí en mi bolsillo y me lancé á la calle. Todavía no me atrevía á imaginar lo que semejante noticia podría significar para nosotros, y necesitaba largas horas de soledad para decidir qué actitud debía adoptar ante este, que era el último y peor de los peligros.

Atravesé rápidamente la verja de hierro, y subí por la estrecha calle con un paso que debió hacer pensar á los que me vieron que estaba loco. ¿A dónde fuí? Apenas lo recuerdo; pero me parece que debió ser á uno de los jardines públicos, bien que en aquella hora toda noción de lugar había desaparecido de mi mente.

Fuí instintivamente en busca de la soledad, y encontré, no sé dónde ni cómo, un espacio desierto y sombrío. Allí, en la angustia de mi corazón, entre las ruinas de mi felicidad construida sobre arenas, me revolqué en el suelo y clavé mis dedos en la tierra endurecida.

Al principio creí que iba á volverme ó que me había vuelto loco, porque los pensamientos que cruzaron mi cerebro eran extravagantes y sin ilación. ¡Un inocente acusado de ese crimen! ¡El 20! ¡Y estabamos á 16! ¡Necios—más que necios, con su vana ciencia jurídica! ¡Prender por sospechas, juzgar á un hombre que forzosamente ha de ignorar todo lo relativo al crimen! ¿Qué hay que hacer? ¿Qué puede hacerse? ¡Oh, mi esposa, mi pobre y querida esposa!

Después, según creo, lloré como un niño, y me pareció que todo estaba perdido; porque no había más que un camino que tomar: mi adorada debía entregarse á la justicia y con su confesión libertar á ese desdichado que se hallaba ahora en peligro de muerte. Ella debía asumir la vergüenza del juicio y fiarse de la justicia humana para obtener la gracia á que tenía derecho. ¡Oh! ¡esto era lamentable, lamentable! Por largo rato ninguna otra alternativa se me ocurrió.

¡Justicia humana! ¿Qué es justicia? ¡Miren cómo puede errar! Puede prender, juzgar, y—¡oh pensamiento horrible!—¡acaso condenar á muerte á un inocente! ¡Y cómo harían para salvar á María? ¿Quién, ahora que el matrimonio ha se-

llado mis labios, quién se presentará á probar que estaba loca cuando hirió á ese hombre? Á esta idea enloquecía yo de rabia. Yo podría, es verdad, llamar á Juan, mi criado, para que jurase que sus modales eran raros y bruscos en la noche aquella, y á las enfermeras para que declarasen que cuando la vieron por primera vez, acababa de salir de un ataque de locura. ¿Pero serían creídos? Y un abogado perspicaz ¿no convencería pronto á esos doce hombres vulgares que el crimen no fué efecto de la locura, sino la locura del crimen? Estábamos ciertamente cogidos en el lazo y atados; cercados por donde quiera; sin auxilio, y al parecer sin esperanza.

¡Y es preciso que María sepa esto! ¡Yo debo decírselo! Mas ¡cómo podré violentarme á mí m smo y hacerle conocer la verdad—ahora que como nunca se halla en vías de restablecimiento; ahora que una especie de triste, pero plácida aquiescencia de lo que el destino ha hecho parece nacer en ella gradualmente; ahora que me dedicaba yo á levantar una vez más el edificio de nuestra felicidad! Porque yo sabía—¡ah! piensen en esto y compadézcanme—que antes de medio año se nos concedería á mi esposa y á mí un don que bastaría para ahuyentar lejos de nosotros las memorias horrorosas que ennegrecían nuestra vida, habiéndome atrevido á esperar, á sentirme seguro, de que tan pronto como ella se mirase en las pupilas de un niño, tan pronto como atrajese á su pecho la delicada

cabecita, algo, mucho de la dulzura y gloria perdidas volvería á nuestro amor.

Piensen en esto, ¡y contémplenme tendido en el suelo el día aquel, con la maldita revelación en mi cerebro! ¡Piensen en que á las pocas horas debía volver á casa y decirle á mi mujer que el rayo había caído! ¡No había alternativa!

¿Ninguna alternativa? ¡Despacio, hay una alternativa! La sangre corría arrebatadamente por mis venas, mi corazón latía con violencia, mis labios se secaban, y algo como un golpe me pareció sentir cuando vislumbré en un instante el medio sencillo y seguro de cortar el nudo de todas las dificultades. Tan fácil me pareció al principio, que reí de mi estupidez en no haberlo visto antes.

¡Rompe en mil fragmentos el periódico, Alberto North! Espárcelos en el viento, olvida lo que has leído, y vuelve á tu rico y florido hogar, con una sonrisa en los labios para la que amas. ¡Bien has fingido sonreír antes de ahora! Acaríciala como de costumbre y nada le digas de los periódicos de esta mañana. Sigue tus propios consejos, entierra lo que sabes en el secreto de tu corazón, y sé feliz en lo de adelante.

¿Pero el hombre—el hombre que en breves días será juzgado por el crimen de otro? Bien, ¿y qué? El necio sin duda será absuelto. ¡Necio! Sí, es el nombre que merece quien se hace sospechoso á la justicia. ¿Pero, ¿y si la justicia sigue la senda equivocada hasta el fin, y ese hombre muere?

¿Qué entonces? ¿Qué es esta miserable vida,

qué son cien vidas para poner en peligro la felicidad de María? ¿Qué es la conciencia? ¿Qué la verdad y la mentira? ¿Qué el fantasma que llaman honor los hombres? Y después de todo, ¿qué es crimen? Cállate y olvida. Nadie te pide que hagas más. Eres rico, joven, sano y decidido, la más bella mujer del mundo te idolatra. ¿Por qué vacilar? ¿Qué pesa en la balanza esa vida miserable?

Estudia el asunto bajo otro aspecto. ¿No hay millares de hombres que mueren anualmente por el capricho de un rey ó de un estadista? Y el pensamiento de su muerte no va á turbar á los que les mandaron á morir. Los hombres se matan unos á otros por venganza, por dinero, por el puntillo de honor, y el matador vive como los demas hombres. Deja á ese hombre ante el ostentoso círculo de los jurados. Es inocente, y saldrá libre de sus manos; y si lo encuentran culpable, que muera. No será el primer inocente, ni será el último que muera. ¡No hay más que una vida! El es nada para tí; no pienses en él más. Suceda lo que suceda, tú tendrás siempre tu hogar querido y la mujer que amas. Sus hijos crecerán á tu alrededor. ¿Por qué vacilar? La felicidad de una existencia puede ganarse simplemente con sellar los labios. Su precio es, suponiendo que la justicia se equivoque, sobrellevar el peso de la muerte de un hombre. ¡Mezquino precio!

Tal era la tentación con que tuve que luchar durante aquellas largas horas. Una y otra vez estuve á punto de ceder, una y otra púseme de

pié, determinado á romper el periódico y dejar las cosas seguir su propio curso, y hasta una vez y otra dirigí mis pasos hacia el hogar; pero otras tantas me detuve, volví á mi rincón, me arrojé al suelo y combatí de nuevo.

No, yo no podía hacer eso: era un caballero, un hombre de honor. Mezquino como era el precio comparado con lo que debía comprar, yo no podía pagarlo. Aunque toda mi alma estaba pendiente del bienestar de María, no podía, ni en bien suyo, sufrir que un inocente fuese llevado á la muerte injustamente. El crimen era demasiado negro, demasiado vil, demasiado despreciable. Estaba seguro que, manchado moralmente con la sangre de aquel hombre, ni las dichas supremas de la vida podrían suministrar el reposo á mi conciencia; y que muy pronto la vergüenza y el remordimiento me empujarían al suicidio.

Digan si quieren los predicadores que el pecado es fácil: aserción más halagadora que verdadera.

Habrá pecados fáciles de cometer; pero me atrevo á decir que hay otros que la generalidad de los hombres educados en el honor y temerosos de la cobardía y la vergüenza, encuentran mucho más fáciles de evitar que de cometer. No, todos los pecados no son fáciles.

Pero de todas maneras mi lucha era mortal. A veces me imagino—acaso no sea sino imaginación—que aun hoy quedan en mi cerebro huellas de aquel conflicto, conflicto en que mi victoria significaba la ruina de lo que más de

cerca me tocaba y que quería yo más. ¿Tenía razón en decir que mi tentación no tenía semejante? Y aún al asegurar esto, séame lícito declinar humildemente toda alabanza por no haber sucumbido: yo quise sucumbir pero no pude.

Fué sólo cuando vencí, cuando arrojé lejos de mí la tentación, que pude darme cuenta de cuán infructuoso habría sido ese crimen para mí, porque tarde ó temprano, María sin duda hubiera sabido que el supuesto asesino de sir Mervyn había pagado la pena de ese asesinato, ¿y qué habría sido de nosotros entonces, cuando toda reparación hubiera sido imposible? Porque conociendo como conocía los menores pensamientos, los más hondos sentimientos de su impetuosa natúraleza, no podía ocultárseme que semejante noticia hubiera sido un golpe de muerte para ella.

Pero ¿qué había que hacer? Viendo que no podría llevar á cabo la infamia que me atreví á considerar púseme á buscar otra escapatoria, ¿Si yo volviese a Inglaterra y me acusara á mi mismo ese crimen? Por la salvación de María, era capaz de correr ansiosamente á dar mi vida. Mírese el estado mental en que me hallaba, cuando me puse á estudiar este medio en todos sus aspectos, y por un momento creí que había hallado la solución de mis dificultades Me maravillo de que mi cerebro pudiera desviarse así. Reí luego amargamente ante lo absurdo de mi nuevo plan, en el cual olvidaba á María, y no pensaba en el efecto que le produciría sacrificio semejante. Olvidaba que ella me amaba tanto como la amaba yo, y que mi muerte por su causa—por salvarla de las consecuencias de aquella horrible noche—sería una expiación, si algo necesitaba ella expiar, la más espantosa que podría imaginar mente alguna, diabólica ó humana.

¡No! Ni pecando contra mi prójimo ni con el sacrificio voluntario de mi propia vida, podía yo salvarla. Después de mis penosas luchas mentales, de mis solitarias horas de angustisa y salvajes lucubraciones, veíame forzado á volver á mi punto de partida. María debe entregarse á sí misma y libertar á ese inocente. No había ciertamente alternativa.

¡Y un día perdido, enteramente perdido! ¡El juicio es el día 20! Para llegar á Inglaterra, para llegar á Tewnham á tiempo para detener el juicio, tenemos que viajar día y noche, al través de la ardiente España, al través de la agradable Francia, y correr hasta alcanzar la tierra en que nacimos, envuelta hoy en la calma rica de su temprano otoño. ¡Debo llevar de la mano á mi esposa, á mi amor, hasta su ruina!

Me levanté del suelo, sentíme fatigado como si me hubieran abrumado de golpes todo el cuerpo, teniendo que arrastrarme lentamente hacia mi casa. "¡Ella debe saberlo, debe saberlo! Pero cómo decírselo?" murmuraba yo mientras marchaba. Mi aspecto debía ser desastroso porque me pareció que varios sevillanos serios me miraban con extrañeza al pasar, y como un cobarde que retiene el paso al dirigirse al ca-

dalso, así anduve hacia la puerta de nuestro risueño hogar, y con vacilante pie crucé el embalsamado espacio en que habían corrido las horas más dichosas de mi vida.

Al entrar, asaltóme el recuerdo de no sé qué historia que una vez leí—fábula feroz de una edad muerta. Era un prisionero á quien sus verdugos obligaron á encajar un puñal en el corazón de la que amaba. No sé dónde leí esto; pero tal era mi caso. ¡Compadézcanme!

XIII.

La última esperanza.

Mi madre y mi esposa estaban sentadas en el patio, y parecían la encarnación de la felicidad serena. Sus anchos abanicos—el manejo del abanico lo adivinó María, mientras que mi madre tuvo que adquirirlo con la práctica—lánguidamente se mecían de aquí para allí. El redondo brazo izquierdo de María caía extendido, y su linda mano se hundía en el agua clara que surgía de una fuente y llenaba una taza de blanco mármol, en la cual serpeaban dorados pececillos. Movía ella con gentileza sus afilados dedos para asustar á los tímidos nadadores, de cuyo terror sonreía, y me parece que mi madre la reñía por la consternación que producía ella en la república de los brillantes peces.

Aun dura en mi mente el cuadro aquel. ¡Qué cuadro! Puedo sentarme en mi silla, dejar la pluma, y evocar los menores recuerdos de